

Bases teóricas para el estudio del ritual funerario utilizado durante la prehistoria reciente en el sur de la península Ibérica

En este trabajo las manifestaciones funerarias son consideradas expresiones ideológicas fundamentales de estas sociedades aun cuando el papel que cumplen cada una de ellas es diferente tanto en la dimensión espacial como temporal. Para estudiar esas diferencias ha sido preciso desarrollar por un lado un importante aparato teórico centrado en la relación entre Ideología y Sociedad y, por tanto, en la inclusión de aquélla en las relaciones sociales de producción. Pero además se ha recurrido a la contrastación empírica de tal relación a partir de la distinción entre categorías descriptivas y explicativas. Finalmente se ha propuesto un modelo sobre el desarrollo de la jerarquización social en el sur de la Península Ibérica.

Here funerary aspects are considered basic ideological expressions of these societies, although the role played by them in those societies is different in space and during the time.

To study those differences, it has been necessary to develop an important theoretical frame about the relation between Ideology and Society and the weight of the Ideology in the social relations of production. Besides it, an empirical approach has been adopted. To achieve that two types of concepts have been used: descriptive and explanatory ones. Finally it has been developed a model about the hierarchisation process in the Southern Iberian Peninsula.

1. INTRODUCCIÓN. LA OPCIÓN TEÓRICA

Hay que preguntarse, en primer lugar, cuáles son los objetivos de toda **investigación histórica**. Sin duda éstos han oscilado a lo largo del tiempo entre la justificación del presente y los deseos que experimentaban algunos investigadores de transformarlo (Carr, 1961) sumándose así a los intereses de una gran mayoría de la población. Nuestra opción por la segunda de las vías explica en principio la utilización del **“marxismo”** como teoría histórica y también el énfasis puesto no tanto en el porqué del origen de la desigualdad sino en el **cómo**, para facilitar armas con las que luchar contra la perpetuación de ésta, prestando aquí una especial atención a la justificación del orden social, a la ideología y su manifestación ritual, participativa.

Respecto a la opción teórica elegida surgen problemas, siempre existentes, vinculados a la relación de la “subjetividad” con el conocimiento de la **realidad**. En este aspecto el método dialéctico implicado en el “marxismo” supone en relación al conocimiento un avance continuo hacia la esencia de la realidad a través de la historia, hasta el punto de que ninguna manipulación puede conducir a ocultar totalmente

la realidad, como sugería V.I. Lenin (1986), aunque es indudable que en la lucha histórica en relación a los beneficios de ese conocimiento, hasta ahora, el progreso de unos ha sido siempre la regresión, aun mayor, de los otros. El conocimiento es un producto social y, como tal, se inscribe dentro de las actividades humanas destinadas a la transformación de la naturaleza.

Dentro de la unidad del proceso de investigación emprendido se puede rastrear una continua referencia a dos tipos de conceptos que implican la necesaria articulación entre clasificación e interpretación en cada una de las fases del proyecto de investigación. Más en concreto con la distinción entre categorías descriptivas y explicativas (Molina *et al.*, en prensa; Cámara, 1998) pretendemos señalar:

- a) Que a través de la arqueología, y de las otras ciencias históricas, nos aproximamos a las expresiones de una sociedad (o de uno de sus grupos).
- b) Que esas expresiones no son las que explican una sociedad, sino que debemos después indagar en la estructura de una sociedad, en sus relaciones sociales de producción.

Sin embargo la separación de los conceptos no es tan radical y de la misma forma que, como veremos, la cultura, al ser un producto y una forma de identificación, puede explicar por ejemplo determinadas formas de reproducción de una sociedad, de sus estructuras, podemos también establecer tipologías de formaciones sociales como base para el estudio de sus interrelaciones en el espacio y en el tiempo, para abordar la coyunturalidad de la historia social concreta (dentro de los límites temporales impuestos por nuestra disciplina), cuyas raíces están en la no inmutabilidad de las estructuras sociales.

Desde este punto de vista el doble aparato conceptual y su articulación dialéctica se configura como un intento de superar la barrera entre los conceptos inmutables y la continua transformación del tejido social.

2. CATEGORÍAS HISTÓRICO-EXPLICATIVAS

En el plano teórico hay que decir en primer lugar que las relaciones sociales concretas modifican o mantienen la organización de la producción y determinan la dirección de sus resultados, los productos, la cultura material en definitiva, siendo evidente que el único determinante último, que no implica en modo alguno determinismo ni grosera generalidad, y que es condición básica de la vida humana, es garantizar la subsistencia del grupo, reproducir la vida inmediata (Engels, 1986).

Lamentablemente a menudo se destaca como causa del cambio social las contradicciones entre fuerzas productivas y relaciones de producción, obviando a quién unen éstas, olvidándose el papel activo de las clases constituidas por hombres y mujeres en lucha en función de sus intereses, pese al dominio que sobre ellos pueda ejercer el poder establecido (Ste. Croix, 1988), reduciendo de esta manera el papel del individuo (Carr, 1961:115; Tilley, 1990), y dejando a la ideología dominada un mero papel de sustrato a disposición de la nueva sociedad que surja simplemente de los desajustes "estructurales" entre las necesidades de una sociedad y las formas de sometimiento que emplea (Therborn, 1987).

Nosotros intentaremos presentar, como ya hemos referido, no sólo la relación entre las clases y la organización productiva (incluyendo la producción ideológica) sino también la relación entre fuerzas productivas y relaciones de producción, quedando fuera de este de este trabajo los aspectos técnicos de las fuerzas productivas en la Prehistoria Reciente, desarrollados en algunos trabajos (Gilman, 1976, 1997; Lull, 1983; Martínez, 1985; Moreno, 1993; Afonso, 1993). sobre todo en lo que respecta a metalurgia e industria lítica.

El **proceso de trabajo**, la transformación de la naturaleza por el hombre, implica la unión profunda entre naturaleza y producción social, por lo que no cabe hablar de inaplicabilidad de la Dialéctica al mundo natural (McGuire, 1992), dado que en primer lugar la Dialéctica, el método para el análisis de la contradicción y el cambio implica que cualquier elemento surge de los precedentes y que no existe el equi-

brio, de tal forma el hombre es un resultado de la naturaleza, de su transformación, al mismo tiempo que es parte de ella y por él la naturaleza toma conciencia de sí misma por más que los efectos no sean siempre deseables (Engels, 1974).

El proceso de trabajo social adquiere diferentes formas históricas analizables bajo el concepto **modo de producción** que define un determinado tipo de relación de propiedad y por tanto de distribución de la producción. La pervivencia y el continuo cambio en la historia impiden la existencia pura en las sociedades reales de los modelos abstractos habiéndose definido un nuevo concepto, el de **formación social** (Balibar, 1988; Amin, 1986), para referirse a las sociedades verdaderamente existentes, proponiéndose aquí una clasificación somera en **tipos**, centrada en la prehistoria reciente, según la diferente ordenación, y peso relativo, de los distintos modos de producción en ellas, siendo especialmente relevante para el análisis la determinación del **modo de producción dominante** en relación a cómo obtiene la clase en el poder el plusproducto que le garantiza su posición (Ste. Croix, 1988).

Partimos aquí de una concepción no reduccionista del modo de producción, aquella que incluiría la totalidad de las relaciones sociales en torno a la producción y sus resultados, definido básicamente por un sistema específico de relaciones entre los hombres, limitadas en número (amo-esclavo, señor-siervo, capitalista-asalariado...) pero infinitas en sus combinaciones y redescubieras a lo largo de la historia (Hobsbawn, 1984). Es ésta la base de la posición que arrancando de Althusser y Balibar (Balibar, 1988) distingue la formación social como la articulación concreta de diferentes modos de producción como totalidad.

Así en una formación social determinada conviven relaciones correspondientes a diferentes modos de producción como resultado de la dialéctica histórica, de la utilización del pasado en el presente, de los procesos de enmascaramiento y los mecanismos de explotación².

En este contexto concibiendo el modo de producción como totalidad, *desde el punto de vista teórico las "fuerzas productivas" son también una relación de un determinado tipo en el interior del modo de producción, en otras palabras, son también una relación de producción*, concretamente se refieren a la apropiación real frente a la propiedad marcada por las relaciones sociales de producción en sentido estricto (Balibar, 1988:257), así en el caso de las fuerzas productivas lo importante es el proceso de apropiación material de la naturaleza en la articulación fuerza de trabajo/medios de producción, y en las relaciones sociales de producción lo importante es la apropiación social del producto, la distribución de los agentes y los medios de producción y el producto (Terry, 1971:97-99), por lo que en definitiva *lo que distingue a un modo de producción es la particularidad de sus relaciones de producción* (Terry, 1971:103).

La articulación entre fuerzas productivas y relaciones de producción referida arriba es la que destruye todas las críticas a la caracterización de los modos de producción básicos en relación a las clases sociales que en ellos se oponen.

Por ello cuando E. Balibar señala que *ninguna definición de "modo de producción puede ser considerada satisfactoria si no envuelve la definición de las fuerzas productivas que le son típicas* (Balibar, 1988:270) hay que entender esto en el sentido de la articulación entre la fuerza de trabajo, el medio de trabajo y el no trabajador en torno a la relación de apropiación real, y no sólo en torno a la propiedad jurídica, de facto. Así por ejemplo en el **esclavismo** la coincidencia entre medio y fuerza de trabajo es radical, pero la separación entre fuerza de trabajo y objeto de trabajo, así como la apropiación por una clase, no trabajadora, de aquélla, diferencia este modo de producción del **comunitario**, que a su vez se distingue del modo de producción **tributario**, donde también se da la unión entre medio de trabajo y objeto de trabajo, por esa misma separación con respecto al no trabajador. En el modo de producción **capitalista** esta es la separación que pervive dándose la unión entre medio, fuerza y objeto de trabajo a través del maquinismo. En este sentido la clasificación de P.V. Castro *et al.* (1998:175) es inexacta al no preocuparse de la articulación entre los diferentes niveles, aunque posteriormente resalten la necesidad de hacerlo³.

Además de que resulta una clasificación excesivamente esquemática, ya hemos referido en otro lugar (Cámara, 1998) que consideramos acertada la inclusión de las comunidades asiáticas y las feudales en el Modo de Producción Tributario (Amin, 1986).

Por tanto haciendo intervenir la propiedad en el modo de producción **comunitario** fuerza de trabajo, propiedad y medio-objeto de trabajo aparecen prácticamente unidos en las mismas personas como presupuestos a la producción, aun cuando ya se perciban ciertas exclusiones (mujeres, niños, extranjeros...) entre los diferentes tipos de formaciones sociales comunitarias, sobre todo cuando, frente a las sociedades **comunistas** (o cercanas a este modelo) conocidas, la tierra pasa de ser simplemente objeto de trabajo a ser medio de trabajo.

Es muy interesante en este aspecto el hecho, que han destacado P.V. Castro Martínez *et al.* (1996:36-37) de que en estas sociedades, y en las que las sucedieron, la mujer explotada ve cómo su producción en tanto que recurso natural (condición natural de la producción que ha pasado a ser propiedad de la colectividad y por tanto se ha constituido en medio de producción), fuerza de trabajo y medio de producción, no repercute en su beneficio, no sólo en la denominada "producción básica" o reproducción sino tampoco en su trabajo manual incluso. Es por todo ello por lo que, indudablemente, la explotación de la mujer a lo que más se asemeja es a la explotación esclavista (Lerner, 1986), aunque en la reproducción, frente a los esclavos, la constitución en medio de producción se realiza sobre la base previa no de la fuerza de trabajo sino de una condición natural de la producción⁴.

En el modo de producción **tributario** la propiedad de determinados medios y objetos de trabajo ha pasado realmente a una clase, especialmente estos últimos, aunque la fuerza de trabajo permanezca unida a ellos a cambio de la satisfacción de un tributo y acepte su "posesión" irrealmen-

te como la "propiedad", en mayor o menor grado según el énfasis de la sujeción en cada sociedad (lo que, como veremos, en gran parte deriva de la articulación de diferentes modos de producción en las sociedades reales).

En el modo de producción **esclavista** incluso la fuerza de trabajo ha pasado a ser propiedad de una clase y la separación de la propiedad de los medios y objetos de trabajo ha pasado a ser, en la mayoría de los casos, radical, exceptuando articulaciones en las formaciones sociales concretas con el modo de producción tributario.

Por último en el modo de producción **capitalista** la fuerza de trabajo es, teóricamente, libre pero su disociación de la propiedad de los medios y objetos de trabajo sigue siendo radical, especialmente cuando la gran industria imposibilita, por lo general, el acceso a los medios de trabajo (e incluso al conocimiento de los resultados) y cuando la acumulación de todas las sociedades previas ha conducido a la concentración de la propiedad de todo objeto de trabajo (especialmente relevante en el caso de la tierra agrícola, los pastos y las materias primas), dado además que el dominio del valor de cambio, de la mercantilización, posibilita la reproducción del acceso diferencial a ellos y el auge de la acumulación.

La articulación de las relaciones de producción propias de estos modos de producción dentro de las formaciones sociales, como discutimos en otro lugar (Cámara, 1998:65, 83 n. 121), incluye la ordenación no sólo de aquellas que adquieren la preponderancia sino de todas aquellas subordinadas, que p. ej. pueden regular el sistema de acceso a la burocracia estatal y su renovación garantizando formas de explotación independientes sobre la base social o una participación en los beneficios de la explotación fundamental del sistema. De la misma forma esa ordenación facilita el enfrentamiento entre las clases subalternas ocultando la oposición básica de todo sistema social, los dos polos enfrentados, pero al mismo tiempo sitúa otros elementos en posiciones cercanas al poder, en las vías para adquirirlo, en la medida en que sus posibilidades se basen en una fructífera forma de extraer excedentes para su propio uso y en desviar descontentos y canalizar la frustración de su propio ejército de fuerza de trabajo hacia los enemigos de los que eran hasta ese momento explotados en mayor grado. Ese fue por ejemplo el éxito de la burguesía.

Con las precauciones con que hay que tomar la tipología ofrecida para la Prehistoria Reciente en el Mediterráneo Occidental debido sobre todo a nuestra formación excesivamente especializada, creemos que desde las **sociedades comunitarias** "tribales" en las que los rasgos del comunismo primitivo aparecían subordinados por debajo de la explotación de la mujer, de los niños y las primeras agresiones exteriores resultado de la búsqueda de cohesión interior, en las primeras sociedades de clase que hemos denominado de **tipo teocrático** y en las que dominan las relaciones tributarias aparecían subordinadas todas las otras relaciones sociales desde las comunitarias a las esclavistas y, por último, las capitalistas muy vinculadas al trabajo estatal y, por tanto a otras formas de tributo.

En las sociedades que hemos llamado **aristocráticas simples** se produce el ascenso relativo del esclavismo en relación a la importancia de las relaciones comunitarias que siguen en segundo término respecto a las tributarias que ahora suponen una mayor explotación sobre determinadas personas que quedan muy cerca de los esclavos. Además cabe plantear una disminución de las relaciones capitalistas, si es que se mantienen, como resultado del proceso de descentralización, aun cuando aparezcan elementos en los que el valor de cambio aparece como fundamental, lo que demuestra que la vinculación entre salario y circulación mercantil no es universal aunque sí necesaria para el dominio del modo de producción capitalista cuando la tierra y la fuerza de trabajo se mercantilizan de forma generalizada.

En relación a las **sociedades gentilicias** el rasgo más importante es el ascenso del esclavismo, de nuevo vinculado a una servidumbre estricta y más generalizada, en el marco del desarrollo de la clientela aristocrática. En estos momentos las relaciones comunitarias son realmente mínimas y se mantienen como ficción cuando la comunidad, como en el fondo sucedía desde las primeras sociedades clasistas y la propiedad privada de los medios de producción, ha pasado a estar reducida a los nobles.

Especialmente en las formas descentralizadas caracterizadas como **tipo germánico** la esclavitud adquiere un importante papel en la reproducción de la élite, aunque ésta sigue basando su poder en la movilización de guerreros-campesinos tanto para el tributo en especie como para lo que podemos denominar “servicio militar”, aunque el tributo en trabajo descende al aumentar el esclavismo y la presión por tanto sobre el exterior.

Otro aspecto en el que nos interesaba profundizar, sobre todo en relación a la investigación sobre la perpetuación y la reproducción de la jerarquización social, es la situación de la Ideología respecto a las relaciones sociales de producción.

Podemos considerar la Ideología como las diferentes formas en que las gentes, en virtud de su posición dentro de las relaciones sociales de producción, conceptualizan las condiciones materiales de su existencia y, por tanto, esas mismas relaciones sociales (Scarduelli, 1988)⁵.

Desde el momento en que las relaciones sociales de producción se refieren a las formas en que se organiza y distribuye la producción y sus resultados resulta evidente que no queda nada fuera de su ámbito, dado que los hombres además no producen únicamente alimentos sino sus propias relaciones (Balibar, 1988:293; Godelier, 1989). Es evidente asimismo que los aspectos ideológicos son tanto el producto como la condición de esas relaciones⁶ por lo que el análisis de los modos de producción debe deslindar las formas específicas de justificación que pretenden la reproducción del sistema y su combinación con otras en la misma formación social, especialmente si consideramos que en las sociedades precapitalistas dominan las esferas ideológicas, o, más apropiadamente, si mantenemos que la ambición aquí se manifiesta en términos de “bienhechor de la comunidad” (teócrata), mejor guerrero (noble) o mejor ciudadano (esclavista) en

lugar de situarse en el plano del más capaz de enriquecerse (Anderson, 1980) en el mercado capitalista⁷.

Así *un conjunto de relaciones sociales y un sistema de creencias pueden distinguirse en materia de funciones pero no de niveles de realidad* (Scarduelli, 1988:98). *Toda relación social contiene en sí un elemento mental que constituye además una de las condiciones de su formación* (Scarduelli, 1988:98).

Por tanto no podemos decir que las sociedades primitivas carezcan de Ideología (Criado, 1989a:81, 1989b:83), ya que en éstas lo que se pretende es también imponer una conceptualización del mundo que impida la disolución de la comunidad. Es cierto que la Ideología así existe en todas las sociedades humanas, aunque en las clasistas adquiere ciertas especificidades de sometimiento, aceptación de la exacción y cualificación para las tareas encomendadas (Therborn, 1987:14-15).

La ideología se convierte en un elemento de autorreconocimiento en una situación concreta, procediendo de una situación real y creando una nueva, aunque justificada por relaciones imaginarias entre el sujeto y sus condiciones objetivas. De esta manera sólo a veces actúa como falsa conciencia⁸.

No sirve de nada, entonces, mirar a cualquier sociedad como si estuviera compuesta de un grupo poderoso que sostuviera el monopolio tanto del poder como del conocimiento, y un grupo menos poderoso, que consume sin remedio las mentiras ideológicas que se elaboran para ellos. La totalidad de una sociedad representa una red de poder y conocimiento, en puntos dispersos de la cual se crearán ciertas verdades, prácticas y técnicas, y puede contribuir a la formación de la autoridad hegemónica de grupos particulares. Dentro de tal red es menos probable que una conciencia totalmente falsa sea creada por una clase particular; con respecto a que una lucha continua se desarrolle sobre la definición de aquellas ideas que se consideran verdaderas, y cuyo conocimiento van a ser descalificados o desacreditados⁹ (Thomas, 1990:66).

Existen así tres equívocos que debemos rechazar: *a) la creencia, muy extendida, de que toda ideología, en cuanto servidora de una clase social, tiene que proceder necesariamente de miembros de la propia clase beneficiaria; b) la tesis de que las clases dominadas no pueden compartir la ideología que favorece a las clases dominantes; c) la convicción de que sólo poseen naturaleza ideológica los sistemas de pensamiento formulados conscientemente por la respectivas clases sociales en vista de la función real que deben cumplir para la protección de sus intereses de clase* (Puente Ojea, 1989:76-77); si bien en su concepción del mundo los miembros de las clases dominadas nunca se sacuden totalmente la visión impuesta desde los dominadores (Barthes, 1988; Scarduelli 1988:107).

En cualquier caso debemos señalar que *Las clases dominantes, por un proceso de enmascaramiento característico, producen inconscientemente formas de conciencia falsa o alienada que vienen a operar como poderosas instancias de conservación de sus intereses de clase* (Puente Ojea,

1989:19). Aunque también, pese a la opinión del autor (Puente Ojea, 1989:22) deben incluirse en el mismo grupo los engaños deliberados, pues en el fondo los miembros de la clase dominante son más capaces de reconocer lo que imponen a los subordinados que estos mismos, aunque el reconocimiento de su necesidad para el mantenimiento de la situación les lleva a no desear cambiar el modelo ni, naturalmente, hacer nada para ello.

La buena clasificación que Therborn (1987:20 y ss.) hace de las ideologías exige sin embargo algunas puntualizaciones de fundamental importancia tanto en la articulación entre modo de producción y formación social, tal y como nosotros la concebimos, como en el hecho de la transición histórica y la pervivencia. Así se señalan en primer lugar (1) “ideologías de tipo inclusivo-existencial” relacionadas con la pertenencia al mundo y el significado de la vida (y la naturaleza)¹⁰; en segundo lugar (2) “ideologías de tipo inclusivo-histórico” que dan sentido de pertenencia a una comunidad, clase, etc.; en tercer lugar (3) “ideologías de tipo posicional-existencial, muy relacionadas con las anteriores, que asignan a cada cual su papel según la edad o el sexo; en cuarto lugar (4) “ideologías de tipo posicional-histórico”, que en nuestra opinión complementan también al segundo tipo, y que separan a las personas según su posición teórica o real en un sistema de parentesco, clases, etc.

Las dos últimas inciden sobre los sujetos no como miembros de un grupo como hacen las dos primeras sino con respecto a su situación en ese grupo¹¹. Puede intuirse además cierta evolución a la hora de clasificar las formaciones sociales en modos de producción y subtipos de éstos, o, al menos, un dominio de cada uno de los tipos de ideología en los modos de producción: así en el comunitario predomina el tercer tipo sobre el segundo, pasando en el tributario éste a primer plano tanto en el sentido de las ideologías de clase, inexistentes en el anterior, como en el de la oposición a otras comunidades.

La manipulación ideológica, tal y como se puede rastrear en el análisis de Therborn (1987:20-24) funciona en la realidad siempre como una oposición entre el mundo al que perteneces y el mundo exterior, el de los otros, el caos: oposición de una Iglesia a otra, de una moral a otra (1 y 4), de un sexo a otro (3), de una clase a otra (2 y 4). La única distinción que, en nuestra opinión, cabe realizar es entre aquellas instancias a que se es adscrito por nacimiento o para siempre (Iglesia, Estado-nación, comunidad, etc.), salvo castigo o catástrofe (excomunión, destierro, destrucción, etc.), y aquellas otras en que teóricamente se puede dar el cambio (por la edad, el ascenso social, etc.), aunque también se observan diferencias históricas en el grado de movilidad (con un presunto máximo actual) tanto en uno como en otro campo. En ambos casos se promete un beneficio (la seguridad o la mejora) y se desvía la presión hacia el exterior (el enemigo, el que vale menos que uno mismo, etc.).

El poder se ejerce en realidad a través de la reproducción del mundo material, del control de los recursos sociales y buscando ese mismo control y los beneficios materiales que

reporta (Lizcano *et al.*, 1997). Lo ideal es hacer ver la situación de dominación como legítima para lograr que el sistema perdure (Godelier, 1989; Paynter y McGuire, 1991:8)¹², y una de las formas claves para conseguirlo es dotar las estructuras ideológicas y los medios de trabajo tradicionales de nuevos objetivos (Shennan, 1982; Kristiansen, 1984; Barrett, 1990; Paynter y McGuire, 1991:9), muchas veces enmascarados y otros impuestos por la fuerza, pero sobre todo un elemento básico es lograr la autoconcienciación del grupo (dominante o dominado) frente al exterior (Paynter y McGuire, 1991; Beaudry *et al.*, 1991), siendo esta concienciación básica en la afirmación de la estructura clasista y en la disolución de las culturas conquistadas (Gailey y Patterson, 1987:8-9). En este sentido la ideología dominante tiende más que nada a cohesionar a los dominadores pero también intenta desunir a los dominados (Paynter y McGuire, 1991:10).

Es muy interesante que G. Therborn señale que al mismo tiempo que las aceptan los sujetos pueden modificar las ideologías y que el sometimiento de los sujetos se da *diciéndoles, haciéndoles reconocer y relacionándolos con*: primero, lo que existe y lo que no existe, segundo, lo que es bueno y lo que no, tercero, lo que es posible o no (Therborn, 1987:15-16), de ahí que sean las preguntas a las que tratan de dar respuesta todos los sistemas religiosos y sus alternativas. No hay por tanto (Therborn, 1987) esferas en el sujeto libres de la trascendencia de las relaciones sociales de producción, de la Historia¹³. Naturalmente en una formación social coexisten relaciones correspondientes a diversos modos de producción pero no están aisladas.

En definitiva para M.P. Pearson (1984) y R. Paynter y R. McGuire (1991) la Ideología ayuda a amortiguar el conflicto en dos formas principales: ocultando la desigualdad o presentando los intereses de la élite como los de todo el grupo, a lo que Hodder añade la presentación del sistema como inmutable y fijo, producto de leyes naturales (Hodder, 1982:209). *Así, el poder, consiste, por una parte, en el acceso privilegiado y el control de los recursos estratégicos*¹⁴ (lo que incluye, evidentemente, la fuerza de trabajo), y, por otra, en el acceso privilegiado a las potencias fantasmales (es decir en el monopolio de la relación con los seres sobrenaturales, de quienes los hombres creen que depende su supervivencia) (Scarduelli, 1988:103).

Uno de los aspectos más interesantes del análisis de Puente Ojea (1989:59-72) sobre las Ideologías es la inclusión dentro del análisis de la dominante de un determinado “horizonte utópico”, aquél que expresa la presunta situación perfecta a que debe llegar la sociedad en que se vive y que, a menudo, no es sino el arma que utiliza la clase en el poder para evitar la revuelta o atraerse partidarios en la época en que ascendió. Aunque también puede ser utilizado por los dominados en la construcción de sus alternativas, las contraideologías. *Pero sólo cuando una de esas contraideologías es la proyección de intereses de una clase ascendente con conciencia de su fuerza y capacidad de poner en cuestión las relaciones de producción vigentes, sólo entonces adquiere el rango de*

ideología revolucionaria en sentido propio (Puente Ojea, 1989:67). También debe retenerse el hecho de que la Ideología dominante es capaz de reformular las críticas o minusvalorarlas (Barthes, 1988; Puente Ojea, 1989; Ste. Croix, 1988)¹⁵.

La utilización de sistemas ideológicos complejos puede convertirse en el medio más seguro para establecer un sistema coercitivo (Pearson, 1984; Scarduelli, 1988:107; Nocete Calvo, 1989a; Paynter y McGuire, 1991), ya que el control cultural tiende a reprimir las verdades alternativas generando personas de un tipo determinado (Marcuse, 1986:72; Thomas 1993:93), y en cualquier caso la eficacia de los mecanismos de coerción física depende, cuando existen “cuerpos de seguridad” especializados, de que aquéllos que ejercen la violencia estatal crean, en muchos casos, que están realizando un bien a la sociedad en su conjunto.

Como hemos dicho la ideología de la clase en el poder tiende a imponerse a los dominados¹⁶ llegando incluso a hacer desaparecer cualquier signo de reacción¹⁷, pero es más frecuente que podamos distinguir vías de escape, construcciones mentales de un mundo mejor, e incluso propaganda subversiva abierta (Ste. Croix, 1988; Gailey y Patterson, 1987:7).

Debemos señalar por último que aunque la raíz de determinadas subjetividades, de construcción ideológica, no esté en las relaciones sociales actualmente existentes, su supervivencia en la sociedad actual, o en aquéllas en estudio, depende en gran medida de su utilización en las relaciones de clase existentes con un nuevo fin (Paynter y McGuire, 1991:9), tal y como sucede en el caso de la familia, restringida pero de raíz patriarcal y base del sistema de reclutamiento de fuerza de trabajo actual (Engels, 1974; 1986; Meillassoux, 1987) y de la reproducción de los mitos de la sociedad capitalista (Barthes, 1988).

La diferente articulación, aun bajo el dominio de una misma relación de propiedad, creemos que permite explicar de forma satisfactoria lo que se han denominado **transiciones**, ya sea en el plano espacial o temporal, ya que además no son sino el resultado de los constantes cambios a que da lugar la **lucha social** por el control de los medios y los resultados de la producción y por tanto de las condiciones de reproducción del grupo social.

El cambio histórico se explica así como consecuencia de esos conflictos y la evolución material a que dan resultado, y que a su vez tiende a ser usada; de manera que la imposibilidad de mantener el sistema productivo en una determinada forma como resultado de su propia evolución, del crecimiento del descontento, de la sobreexplotación del medio, de la imposibilidad de imponerse a los vecinos, etc, conduce a nuevas soluciones que, de partida, generan un cambio en las fuerzas productivas y una transformación de las relaciones sociales de producción y de los justificantes que incluyen, teniendo en cuenta que *en una época de transición las relaciones de producción cambian por lo general antes que las fuerzas de producción, y no al revés* (Anderson, 1974:208, énfasis en original).

En nuestra opinión, sin embargo, existe también una importante transición histórica, teniendo en cuenta que las

delimitaciones cronológicas de éstas son convencionales, cuando aun perviviendo el mismo modo de producción dominante se produce una reestructuración de los modos de producción dominados, es decir de las relaciones (relaciones sociales de producción) que quedan en segundo plano (Amin, 1973:17) y que, a menudo, garantizan la estabilidad relativa del sistema (Cámara, 1998; Ste. Croix, 1988:45). Son estas reestructuraciones las que bajo la contradicción de clases fundamental preparan el terreno al dominio de un nuevo modo de producción (generando las nuevas clases dominantes como ejemplifica el ascenso de la burguesía en la Edad Moderna)¹⁸.

3. CATEGORÍAS CLASIFICATORIO-DESCRIP-TIVAS Y USO RITUAL DE LA MUERTE

La discusión sobre la Ideología como expresión y auto-reconocimiento y la necesidad de evaluar los cambios en el tiempo y en el espacio desvela aun más la unión entre categorías explicativas y descriptivas, ya que por un lado es un **producto**, el resultado de la constante transformación de la Naturaleza por el hombre, pero además al ser también una forma de expresión incluye las formas de autorreconocimiento, de representación de las relaciones sociales y del mundo donde se desarrollan, desde los intentos de reconocimiento **científico** de la realidad hasta su utilización **ideológica** en la reproducción del sistema, aspectos nunca totalmente separados.

Los elementos en disputa son siempre **culturales**, entendiendo la cultura como los productos sociales, susceptibles de ser utilizados como una forma de expresión, de justificación (Chatelet, 1978). Incluye también a los hombres como productos sociales mas no como agentes si es que ambos aspectos se pudieran deslindar en la continuidad histórica. Todo producto social es susceptible por ello, como cultura, de ser utilizado ideológicamente en la lucha social y la misma asunción del valor de cambio por determinados elementos es un resultado ideológico, como intentamos mostrar.

De este carácter del concepto derivan dos hechos, uno beneficioso, la posibilidad de contar con un concepto descriptivo, referido a la expresión de las realidades sociales, susceptible de incluir diferentes unidades jerarquizadas (horizonte cultural, grupo arqueológico, etc.) válidas para la clasificación y desde las que establecer, de forma más o menos precisa, las referencias a las unidades sociales a las que deben responder (Molina *et al.*, en prensa).

Los **fenómenos rituales**, las conductas institucionalizadas (Scarduelli, 1988), como manifestación más clara de la ideología de los implicados, no tienen un significado simple sino que debemos distinguir por un lado la opinión que sobre la sociedad se forman, a través de ellos, los diferentes grupos, incluyendo concesiones a los subordinados, enmascaramientos, etc; y por otro lado el papel que cumplen realmente tales mecanismos en la reproducción social.

En este sentido la Arqueología se consideraba tradicionalmente que tenía una importante ventaja al no proceder los datos de una visión única, como sucede con los textos, mas, sin embargo la utilización de todos los elementos de la cultura en la lucha social obliga a que maticemos con gran cuidado tal afirmación, pues debemos aclarar a qué visión responden los monumentos que nos han llegado.

El mismo carácter de las formaciones sociales como articulación de diferentes modos de producción complica aun más el panorama al manifestarse en todas las escalas de la cultura material las oposiciones y al reelaborarse continuamente, a través del ritual en sentido amplio, todas las estructuras buscando ya sea subvertir el orden social o, más comúnmente, justificarlo buscando desviar la presiones, por un lado como hemos visto procurando crear una cierta cohesión interior (incluso dentro de la clase dominante) y por otro enmascarando las desigualdades haciéndolas pasar como ficciones, pasajeras, irremediables o merecidas.

En cualquier caso la **lucha de clases** (Marx y Engels, 1987), o sus precedentes de dominio y resistencia a diferentes procesos de control social, modela la sociedad, la transforma por sus múltiples interrelaciones en las que la acción individual se diluye aunque siempre está presente en el marco de los grupos que luchan en relación a los resultados de la transformación de la Naturaleza, en torno al proceso productivo global.

La **muerte** en este contexto se puede utilizar tanto como expresión de continuidad como de ruptura, de subversión del orden social legítimo, de apertura a un nuevo mundo de promesas (Punete Ojea, 1989), e incluso puede ser negada afirmando la continuidad con la Naturaleza, con la tierra (Bloch, 1988).

Hemos destacado además (Cámara, 1998) el énfasis que se pone en la continuidad entre la vida y la muerte, o, al menos, la unión perfecta entre algunos aspectos de la vida de la persona, aquéllos más vinculados a la reproducción del orden social imperante, y su permanencia tras la muerte (Bloch, 1988; Lindström, 1988, Kirk, 1993), siendo altamente significativo que en numerosas comunidades el proceso se vincule a la apropiación diferencial del producto social y la consolidación de la desigualdad (Lindström, 1988), pretendiendo crear un tipo de individuo manipulable y sumiso (Richards, 1993; Thomas, 1993).

En este proceso, tanto en sus inicios como en su consolidación, es fundamental la manipulación de la tradición (Tilley, 1993; Thomas, 1993; Kirk, 1993). De este modo, por un lado, en un primer momento en la periferia de la Ideología oficial, los funerales pueden ofrecer el medio de reproducir las relaciones personales (familiares) del difunto (Lindström, 1988) en favor de su descendencia o su familia inmediata. Por otro lado el monopolio de la dirección ritual, o de alguna de sus fases, actuando y respondiendo a los mecanismos referidos (Scarduelli, 1988; Godelier, 1989) de acumulación familiar, y desigual, puede conducir a la permanencia de sólo algunos de los miembros de la sociedad (Lizcano *et al.*, 1997), los que vuelven a veces en la forma de sus descen-

dientes directos o permanecen en una ilusoria eternidad (Bloch, 1981), aquéllos que de esta forma pueden acceder a reclamar directamente su herencia, especialmente pecuaria.

La resurrección y la permanencia no acaban ahí sino que con el desarrollo de la jerarquización social se han convertido en una eficaz argucia ideológica para desechar cualquier posibilidad de revuelta y alejar las ansias de justicia al otro mundo (Puente, 1989).

De tal forma, la muerte, presente en la vida, negada y aceptada (Jacobson-Widding, 1988), pasa no sólo a desempeñar un modo de enseñar cómo actuar en el mundo y de justificar esa actuación, sino también a tratar de evitar determinados tipos de acciones sociales que, pese a ser el resultado de las contradicciones sociales existentes, y precisamente por ello, pondrían en cuestión el orden social establecido.

El sometimiento se consigue así, real o ilusoriamente, por el juego de los premios y los castigos, por la inevitabilidad del sistema y por la imposibilidad, inculcada por fábulas donde el desastre acompaña la ruptura de la tradición, de algo mejor (Gailey y Patterson, 1987; Godelier, 1989; Paynter y McGuire, 1991; Therborn, 1987). Se produce, como hemos dicho, la construcción progresiva de seres sumisos que aceptan el orden imperante y sus clasificaciones (Thomas, 1993; Richards, 1993), aunque la renegociación es continua y se desarrolla tanto al nivel de la apropiación del producto como de su justificación ideológica (Kirk, 1993).

En los primeros momentos del proceso las formas de controlar la fuerza de trabajo pudieron implicar la conversión ideológica de ciertos hombres en mujeres lo que supone una exclusión de la verdadera comunidad, procesos de identificación de ancianos-chamanes con la divinidad y por tanto con la comunidad a que se representa lo que implica el establecimiento de un tributo, en este sentido ya hemos referido el proceso, siendo lo más interesante en relación al estudio del mundo funerario la utilización del culto a los antepasados en provecho de un clan o su representante, aunque en este último caso se extiende la situación de prestigio rápidamente en los parientes, lo que origina el establecimiento de un poder corporativo, que está en la génesis de las aristocracias, en el seno de una comunidad más amplias que es dominada colectivamente por ese grupo privilegiado.

Así, a menudo, sólo estas élites adquieren el derecho a reforzar su parentesco individual para unirse además, idealmente, a los antiguos gobernantes, o dioses (Bloch, 1981), existiendo sólo los otros miembros (y las mujeres) en cuanto miembros de la comunidad global (Bloch, 1981), utilizándose además un ideal de orden eterno, que puede ser bien reflejado por las tumbas, para impedir la ruptura de la comunidad que ha dejado de ser igualitaria (Bloch, 1982) pero cuyo verdadero carácter se oculta a través por ejemplo de la pervivencia de lo colectivo en las sepulturas (Shennan, 1982), si bien hemos visto que es un proceso de enmascaramiento que afecta menos, en lo que la Prehistoria Reciente del sur de la Península Ibérica se refiere, al Valle del Guadalquivir (Cámara, 1998), donde las tumbas se concentran junto a los grandes poblados y las diferencias en el tratamiento de los cadáveres son muy agudas.

Ciertos rasgos, sin embargo, como la distribución de las sepulturas, su contenido real o su relación con el contexto de hábitat existente nos pueden llevar a la afirmación de una diferenciación entre linajes (Chapman, 1981) y poblados (Nocete, 1988, 1994), manifestada en una explotación tributaria, en la apropiación del trabajo individual y comunal por un grupo social.

La utilización del ritual funerario, y por tanto de los difuntos, en la reproducción del grupo social y su posición adquiere así dos importantes variantes. En primer lugar, puede implicar a toda la comunidad, ya sea de forma real en los primeros momentos cuando la oposición hacia el exterior se unía a la cohesión/control de la fuerza de trabajo interna (Godelier, 1989; Lizcano *et al.*, 1997; Cámara, 1998; Cámara y Lizcano, 1996), ya sea de manera ilusoria cuando los representantes de algunos de los grupos sociales (clanes) logran en provecho suyo y de sus parientes cercanos acceder al control coercitivo de toda la comunidad a través de la manipulación de los mecanismos ideológicos que les permiten la identificación con la comunidad/divinidad (Godelier, 1989; Scarduelli, 1988) así como por el uso en provecho propio de los instrumentos de amenaza física (Gailey y Patterson, 1987).

Es también en estos momentos cuando la apropiación excluyente y continua del territorio (Cámara, 1998; Cámara y Lizcano, 1996) hace que la igualdad garantizada por el reparto de las cargas (Meillassoux, 1987) pase a segundo plano, habiéndose sugerido el paso de lo comunitario a lo colectivo para referirse a tal proceso (Arteaga, 1992). En estos casos se honra a los ancestros genéricos, impersonales, que domaron la tierra y guardaron la semilla e hicieron crecer los rebaños (Meillassoux, 1987; Bloch, 1981), cuyo aspecto personal desaparece en el curso de los funerales, hasta su definitivo destino en la tumba, en la tierra comunitaria domada (Bloch, 1988; Richards, 1993). Cualquier referencia a los difuntos se coloca en un terreno mítico, atemporal y eterno.

En segundo lugar, a medida que los conflictos sociales se agudizan, la reclamación del poder, de la reproducción de la fortuna acumulada, adquiere la forma de la demanda de la linealidad familiar. Lo importante ahora son los antepasados, los muertos recientes, cuyos cadáveres, como veremos, son ahora tratados normalmente con mayor cuidado. Se llega incluso a reclamar como antepasados héroes míticos que engrandezcan la familia, la cuna, hasta el punto de que en el caso argárico aparecen niños con rico ajuar (Molina, 1983:100) que suponen un cambio respecto a las sociedades precedentes para las que se ha planteado que la reducida preocupación por los niños indicaría un mayor interés por los líderes que por la descendencia (Whittle, 1988).

Es con la descentralización, derivada de la lucha de clases, cuando la emulación puede alcanzar en las sociedades precapitalistas un mayor interés (Randsborg, 1981), dada la importancia que cobran, por un lado, la afirmación de la propiedad familiar (Whittle, 1988), y en conexión con ello, la competencia, en forma de rapiñas y enfrentamientos entre las élites, antes subordinadas a los intereses del poder central del

que suelen ser ramas laterales desgajadas o élites conquistadas o conquistadoras no totalmente asimiladas (Godelier, 1989), y, por otro lado, las alianzas que intentan reconstituir el sistema e impedir la caída del flujo de prestaciones, de tributos, y de bienes de prestigio que exhibir (Kristiansen, 1984; Shennan, 1982).

4. RITUAL FUNERARIO Y CONFLICTO SOCIAL EN LA PREHISTORIA RECIENTE DEL SUR DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

Así la distribución de las tumbas en la Prehistoria Reciente del sur de la Península Ibérica según lo que se extrae no sólo de la fenomenología conocida en ella sino de estudios llevados a cabo en otras zonas europeas pudo actuar en la sociedad de diferentes formas destinadas a la justificación del orden imperante, no sólo en relación a la identificación de la élites (Shennan, 1982) sino sobre todo ayudando a clasificar a las personas según el grado de acceso a los monumentos y a las ceremonias que en ellos tenían lugar (Whittle, 1988; Thomas, 1993) lo que se manifiesta no sólo en el diferente papel de cada grupo de tumbas aun dentro de la misma región, sino en las diferencias entre unas tumbas y otras tal y como hemos sugerido en el caso del Pasillo de Tabernas (Almería) y como propuso R.W. Chapman (1981) para Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería). El proceso también se puede seguir en relación a la ocultación de determinadas necrópolis y tumbas, tal y como hemos sugerido para Los Castillejos en Las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada) y no sólo en la exhibición dentro del impacto en el paisaje de las dispersiones tumulares (Cámara, 1998).

Estas dispersiones aparte de configurar un paisaje realmente humanizado, domesticado como los mismos hombres (Tilley, 1993) tienden a delimitar el territorio dominado y las vías de desplazamiento de personas y animales (Vaquero, 1989) y así pese a la diferente densidad de las sepulturas en relación al grado de jerarquización y los contactos regionales podemos señalar en toda la Península Ibérica una cierta oposición y complementariedad entre los megalitos de montaña y llano (Cámara, 1998) que en ningún caso debe leerse como el resultado de un carácter itinerante sino de los dos objetivos marcados y paradójicos: la afirmación de la desigualdad por las diferencias entre las tumbas y el enmascaramiento por la ficticia cohesión conseguida por la delimitación hacia el exterior, otra expresión del poder manifestada en el control de la circulación de los hombres mismos y sus recursos y que además debe contextualizarse discutiendo sobre la propiedad real de éstos.

Así debemos intentar relacionar estos fenómenos sociales con las gentes que participaron en ellos, la forma en que se relacionaron con los cadáveres y en qué medida los reorganizaron (Whittle, 1988; Thomas, 1993; Kirk, 1993) de forma que la conexión con la muerte aparece, en tales casos, como referimos arriba, despersonalizada, sublimando la parte colec-

tiva de la persona fallecida, su pertenencia a un grupo social determinado, al que en su permanencia se adscribe lo inerte, lo inmóvil, la tierra agrícola y los pastos, a los que el cadáver retorna (Lindström, 1988; Bloch, 1988), siendo el hombre, los ancestros, con su acción los que originan la Naturaleza (Meillassoux, 1987; Kirk, 1993), o los que utilizan de nuevas formas los precedentes sacros de ella (Tilley, 1993), hasta tal punto que la oposición entre lo fijo y lo móvil, lo que decae, puede utilizarse también en la justificación de la subordinación de las mujeres, a las que les adscribe el origen de la parte efímera de la persona (Bloch, 1982), pero también en la justificación del papel de las élites por su cercanía a los ancestros, por su control del ceremonial (Kirk, 1993; Thomas, 1993) y por su eternidad sacra (Bloch, 1981).

También en estos momentos en que la agricultura y la ganadería empiezan a tener una importancia fundamental hay que valorar la importancia que las tumbas pudieron tener en la justificación del control social de determinados recursos, y los caminos que esto pudo abrir para una mayor diferenciación posterior, especialmente la fuerza de trabajo, y determinadas formas de riqueza por su carácter de medios de producción fácilmente expropiables y renovables, especialmente los rebaños (Cámara, 1998; Cámara y Lizcano, 1996; Cámara *et al.*, 1996).

En el sur de la Península Ibérica el proceso de delimitación del territorio es anterior a las clases, como demuestran las pinturas rupestres, pero culmina, como las manifestaciones megalíticas, con éstas una vez que la ficción de la unidad se hace evidente, al menos en nuestros estudios, debiendo recordarse que esa unidad y la apropiación diferencial del producto social en los primeros momentos, pese a lo que se ha reseñado frecuentemente para la Península Ibérica (Vicent, 1990), no tiene lugar como resultado de la competencia por la tierra agrícola sino por el contrario por el lugar donde controlar la fuerza de trabajo humana y los rebaños como principal fuente de circulación y acumulación de riqueza, en la forma de trabajo concreto y finalizado (Cámara y Lizcano, 1996; Cámara y Afonso, en prensa; Martínez y Afonso, 1998), y como forma de domesticar no sólo la Naturaleza sino la sociedad en sí (Tilley, 1993).

En la Edad del Bronce, en el terreno funerario, la tumba no es lo más importante, ya que incluso en el Sureste y la Alta Andalucía suele quedar oculta bajo lo doméstico, que ahora pasa a un primer plano, expresando aún más la continuidad física entre los miembros familiares (Chapman, 1991; Gilman, 1991), como lo hace también la unión de hombre-mujer y niños (Molina *et al.*, 1975), sino el ajuar (Shennan, 1982).

La normalización de éste debe expresar los equipos de lujo individuales destinados a la ostentación (Gilman, 1987) en los casos principescos y, en general, a hacer visible una posición social de la que, a la larga, pese a los intentos de emulación incitados por una ideología que resalta la apariencia y determinadas actividades sociales sobre otras, no se podía escapar, y en la que en definitiva se participaba, de forma que los premios ofrecidos en teoría actuaban cohesionando las capas altas de los dominados con los intereses de

los dominadores (Godelier, 1989), o más aún actuaban en la creación/manipulación de las mismas armas ideológicas de los dominados (Puente Ojea, 1989; Ste. Croix, 1988).

De todo este panorama lo que nos interesa retener es por un lado la transposición de la jerarquización social al plano funerario y el enmascaramiento que supone el “premio” a los siervos y clientes con el enterramiento en el mismo lugar, y por otro lado la exclusividad cada vez mayor de las ceremonias vinculadas a los grupos familiares que, sin embargo, las exhiben ante los demás. Aparentemente en este último caso si el enterramiento bajo las casas en el área argárica destaca las diferencias entre unidades familiares (Chapman, 1991; Gilman, 1991) como expresión del éxito aristocrático (Shennan, 1982), no parece sin embargo que sea un contexto apropiado para la exhibición pública, pero aquí se olvida que la tumba argárica no es una entidad aislada sino que se incluye en un contexto visible y a la vez privado, la casa. Así ésta se convierte en el “túmulo” de exhibición sacra pero acentuando la adscripción privada del antepasado y su secreto (Contreras *et al.*, 1995).

Por contra el enmascaramiento queda atenuado al colocarse el antepasado en el contexto socioeconómico propio y no romperse en absoluto la relación. Pero es también esto lo que facilita nuestra comprensión de la jerarquización social, si retenemos el primero de los rasgos señalados al comienzo del párrafo anterior, la colocación de los clientes (e incluso de los siervos domésticos) junto a los aristócratas, elemento que ya ha sido señalado para el sur de la Península Ibérica (Molina, 1983). Además como se ha referido (Schubart y Arteaga, 1986; Chapman, 1991) la disposición piramidal de los asentamientos argáricos y la situación de las diferentes clases sociales dentro de ellos agudizan la expresión de la oposición.

Por otra parte en estos momentos la exhibición no se reduce al plano funerario sino que se encuentra en otras esferas de la vida como las fiestas y las rapiñas, en las que llega a ser particularmente necesaria como forma de garantizar la cohesión del séquito.

En este sentido habría que recordar que no toda la población de los asentamientos argáricos entraba en los niveles de clientela aristocrática ni en los siervos domésticos que podían tener sistemas de vinculación semejantes (o ser producto de la conquista y la rapiña) pero agudizados y dirigidos a otros fines. El resto de la población, en un porcentaje aún muy numeroso, mantendría su teórica autonomía (Contreras *et al.*, 1995; Cámara *et al.*, 1996) pero la presión coercitiva, por la vía del temor militar o por el dominio de las esferas de reproducción ideológica, vendría facilitada y enmascarada por los deseos de emular las ricas exhibiciones de los poderosos lo que, a su vez, derivaba en un endeudamiento mayor y la agudización de las contradicciones, lo que abre interesantes expectativas en relación a la explicación del fin del mundo del Bronce Medio y Tardío, al menos en la zona que estamos tratando.

El proceso ideológico de ocultación perviviría con el cese de los enterramientos generalizados en la proliferación

de depósitos (Kristiansen, 1984; Ruiz-Gálvez, 1993) y en la erección de estelas representativas de la clase dominante y sus clientes en el suroeste (Galán, 1993)¹⁹, quedando definitivamente en manos de esta clase, de sus antepasados y sus recursos, la presunta renovación de la comunidad que realmente, sobre todo a medida que se desarrollan la servidumbre en sentido estricto y la esclavitud, pasa a estar constituida únicamente por ellos.

5. UN MODELO SOBRE EL DESARROLLO DE LA JERARQUIZACIÓN SOCIAL

En síntesis el control social, justificado ideológicamente, se ha conseguido históricamente de dos formas básicas, controlando a los hombres mismos o, una vez la esfera ideológico-militar estatal se ha desarrollado y las fuerzas productivas lo permiten, a través del control de los hombres a través de las cosas, por la propiedad diferencial de los medios de producción, lo que halla su culmen en el capitalismo (Lukacs, 1922).

Por ello se plantea en este trabajo para explicar el desarrollo de la desigualdad social en el sur de la Península Ibérica un **triple proceso** que implica a fenómenos sucesivos en su aparición, interrelacionados y no imprescindibles (Cámara y Afonso, en prensa; Cámara, 1998):

1) El **control de la fuerza de trabajo**, en un doble aspecto:

a) La presión sobre las mujeres y su capacidad productiva y reproductiva primero.

b) La presión sobre otros hombres después, en un primer momento sólo procedentes del exterior o identificados ideológicamente con ese exterior.

2) La **apropiación de los rebaños**.

3) El desarrollo de la **propiedad privada de la tierra**.

En anteriores trabajos (Lizcano *et al.*, 1997) planteamos que la necesidad de **controlar fuerza de trabajo**, como única fuente primaria de riqueza, había conducido al control más estricto de las mujeres, en su doble aspecto de fuerza de trabajo en sí y por su capacidad reproductora, en un largo proceso que se aprecia ya claramente en las sociedades neolíticas, en relación a una **territorialización** que sólo en momentos posteriores tiene que ver con la agricultura.

El control de las mujeres lo relacionamos entonces con la **formación de unidades sociales amplias**, manteniendo las redes de circulación de jóvenes que existían anteriormente pero acentuando la oposición hacia el exterior (Lizcano *et al.*, 1997), lo que se manifestaba en la Prehistoria Reciente del Sureste y la Alta Andalucía tanto en la proliferación de grandes aldeas, con sus sistemas de cierre y rituales específicos destinados a marcar la cohesión (Cámara y Lizcano, 1996), como en el desarrollo de una presión hacia el exterior

acentuada, que culminará, más adelante, en procesos de consolidación de una cierta “capitalidad” y en la subordinación de unos poblados a otros en un marco de sociedad de clases (Nocete, 1994).

Este último proceso y la importancia que adquieren los rebaños en los rituales antes referidos nos llevaron a preguntarnos sobre la relación de ese control de fuerza de trabajo, ya en sentido genérico, con el **proceso de acumulación inicial de riqueza**, qué características adquiriría ésta, y cómo se producía la diferente relación entre los hombres en torno al proceso de producción en términos globales y en relación también a los medios de producción en términos particulares (Cámara, 1998; Cámara y Lizcano, 1996).

En este desarrollo se nos desvelaba como básica la **oposición al exterior, al otro**, como argumento previo para la justificación de la explotación y como un paso que precede a la conversión incluso de las antiguas contrapartidas, en mujeres o fuerza de trabajo genérica, en verdaderos tributos que no se devuelven (Meillassoux, 1987), especialmente si el coste de determinados matrimonios difiere (Scarduelli, 1988) y si determinados elementos han pasado a convertirse en símbolos (Shennan, 1982; Molina, 1988) de una deuda ficticia, desarrollando un verdadero valor de cambio y enmascarando lo que de hecho es una circulación tributaria. Todo ello acelera el endeudamiento y la subordinación, por un lado, y, por otro, reproduce la élite al aislarla de los demás, al situarla como donante de servicios, totalmente imaginarios o dependientes realmente del trabajo de la comunidad, que hay que pagar.

Lo que queríamos analizar era cómo eran capaces de acceder esas élites a **perpetuar la posición en esos ámbitos de poder tradicionales**, y es ahí donde hemos discutido el papel del ganado en su doble vertiente de producto acumulable y medio de producción (Cámara, 1998; Cámara y Lizcano, 1996; Cámara y Afonso, en prensa), como una alternativa al énfasis en el desarrollo de la competencia por la tierra agrícola (Vicent, 1990; Gilman, 1997:88) que, si bien, sin duda, debe ser enfatizada en la consolidación de las clases sociales (Nocete, 1994), nunca puede plantearse como causa de una agregación de la que es, como fenómeno consolidado y extensivo, consecuencia, ya que sólo desde ésta se convierte en un medio de producción fundamental por el que se compite. Aun cuando antes el carácter de soporte de pastos y de zona de desplazamiento, de rebaños y personas, provoca cierta competencia y la delimitación del territorio, pero en tal caso el acento debe colocarse en los elementos que circulan y no en la tierra.

La apropiación del ganado se convierte así no en una condición imprescindible sino en una forma de **acumulación rápida y permanente de medios de producción**. Una acumulación generada por una vía ganadera que, en principio, puede ser independiente del control real de fuerza de trabajo, aunque creemos que éste constituye el proceso inicial que da lugar a todas las sociedades de clase, si bien sólo se da una mayor estabilidad de éstas por el control del ganado y de la tierra²⁰. La acumulación pecuaria es posible gracias a las

posibilidades de crecimiento de los rebaños cuando no se ponen restricciones al acceso a la tierra comunitaria (Cámara y Afonso, en prensa), de tal manera que, sin un reparto real de ella, se producían diferencias de acumulación, susceptibles de ser utilizadas a partir de fiestas o presuntos regalos en la vinculación de unos hombres a otros, en un proceso que consolidaba el dominio de la fuerza de trabajo dependiente y creaba las primeras formas reales de tributo clasista muy enmascaradas.

La acentuación de este dominio tenía lugar especialmente cuando la **rapiña** proporcionaba animales del exterior, y también fuerza de trabajo, y cuando el control acentuado de esta última permitía cuidar más animales, así como el acceso a las posiciones de control de la comunidad había permitido multiplicar con un tributo enmascarado el número de animales disponibles, al llegar las contrapartidas por todos los teóricos “servicios”. Todo ello revela cómo, de nuevo, interviene el control de la fuerza de trabajo en el proceso, aunque en nuevas formas.

Las rapiñas, además, aceleran la acumulación desigual desde el momento en que los denominados “**regalos**” a los miembros de la comunidad (fiestas) no pueden ser devueltos por los que no dirigen la exacción y se genera una **deuda** que deriva en una adscripción que también se había impulsado desde la misma organización de las expediciones de rapiña (Cámara y Afonso, en prensa).

Por otra parte el desarrollo de esta desigualdad conlleva primero, y una vez asentada plenamente la comunidad, el **control real de la tierra** que pasa a ser ejercido únicamente por aquella parte de la comunidad que, a través de la acumulación, había perpetuado su posición en las posiciones de control de la comunidad desde las que movilizaba todo el ritual, incluyendo los servicios ideales de los ancestros, en su provecho (Bloch, 1981, 1988). Se genera así realmente la **propiedad privada de la tierra** aún enmascarada, permaneciendo la propiedad comunal sólo en el plano ideal, cuando los **repartos** tienden o bien a vincularse a un diferente carácter de las cargas tributarias que por ellos se deben, enmascarándose las diferencias en los presuntos “servicios” vinculados a la comunidad con la que las élites se identifican, o bien a reproducir un reparto diferencial en calidades o cantidades, especialmente si la cabaña ganadera se usa como criterio para definir lo que corresponde a cada unidad social, ya sea por necesidad de terreno para pastos o por la capacidad de poner en explotación una parcela mayor en relación, sobre todo, a especies animales de gran talla utilizadas en las labores agrícolas (Cámara y Afonso, en prensa).

Además, al acabar los repartos que afectan a la totalidad de la tierra y consolidarse la herencia no sólo en los bienes muebles a los que nos hemos referido sino también en los inmuebles, la **división de la tierra** de los antepasados suponía pocas veces para las clases dominadas el reparto de las cargas, que se hacían, por el contrario, más acuciantes por los endeudamientos generados en presuntos favores, en la incapacidad para hacer frente a presuntas obligaciones y en los costes de acceso a determinados símbolos que, como el

metal, vieron acompañado el énfasis en su valor de cambio con determinadas funciones que tenían que ver con el mantenimiento de la posición social, y en el caso citado también con la posibilidad de convertirse en un elemento de ascenso social a partir de la agresión.

Las deudas en el contexto de diferenciación social suponen así una forma de consolidar permanentemente el **tributo**, en trabajo cuando se acentúa la explotación sobre determinadas capas, o sea suponen realmente una forma de apropiación de los resultados de la producción. Se generan así dos formas de servidumbre, una entendida en sentido amplio, más temprana y permanente, que es resultado de la incapacidad de acceder a una propiedad plena de la tierra debido a la obligatoriedad de cumplir con las “obligaciones” fiscales y militares hacia el estado (instrumento de clase), y otra entendida en sentido restringido como resultado de las adscripciones personales y las restricciones a la movilidad y que supone servicios personales a mayor (verdadera servidumbre) o menor (clientela) escala (Cámara *et al.*, 1996).

6. EVIDENCIAS SOBRE EL CAMBIO SOCIAL EN EL SUR DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

De hecho creemos que este triple proceso y su interrelación puede seguirse en la **prehistoria reciente del sur de la península Ibérica** desde el **proceso de agregación** relacionado con el **control de fuerza de trabajo** y el **control del territorio**. Éste es destinado en sentido extensivo fundamentalmente a pastos y áreas de desplazamiento lo que es particularmente evidente desde el Neolítico final con su delimitación a través de la sucesión y acumulación de símbolos como los megalitos, tal y como estudiamos en el Pasillo de Tabernas (Almería) en relación a las rutas, los apriscos, las fronteras y su permanencias. Pero también podemos rastrear el proceso de sacralización a partir de la dispersión de pinturas rupestres, que no ha sido el objeto de este trabajo, como las del Pasillo de Alcalá-Moclín, al menos desde el Neolítico medio.

Estas pinturas rupestres pudieron constituirse en precedente, pero también en alternativa, a las formas tumulares (megalíticas) de control sacro, aunque en cierto modo con un mayor grado de ocultación y reserva que se acentúa aun más en el caso de los enterramientos, de animales y personas, en los silos o en sus sucesores, las cuevas artificiales, lo que, a su vez, como las compartimentaciones en cámaras y corredores, relaciona el proceso de restricciones al acceso con el secreto, la clasificación de las personas y la jerarquización (Thomas, 1993).

Así mientras en el Neolítico antiguo y medio las últimas excavaciones en Los Castillejos de las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada) han mostrado la transformación de productos agrarios en un área comunal y especializada (Ramos *et al.*, 1997; Afonso *et al.*, 1996), las primeras formas rituales que cabe relacionar con familias tienen lugar entre el Neolítico tardío y Final y se relacionan con la deli-

mitación de los espacios de las viviendas, tanto aquí como en Martos (Jaén) (Cámara y Afonso, en prensa), incluyendo en el último caso entre las diversas estructuras relacionadas (Lizcano, 1995) varias vinculadas al ritual que principalmente habíamos relacionado con la **fundación y la cohesión** (Lizcano *et al.*, 1997).

Pero los diferentes rituales presentes (Cámara y Lizcano, 1996) en primer lugar también nos muestran la **importancia de los rebaños** que además se consumen de forma diferencial implicando una asociación de una pareja de bóvidos a cada unidad familiar (Cámara y Afonso, en prensa) y la desproporcionada relación de sexos y edades en el caso de los oviscapridos (Lizcano *et al.*, 1997). En segundo lugar el sacrificio de uno de estos animales (ternera) independientemente de su origen podría estar vinculado a los inicios del ascenso social de una familia, lo que parece más claro en el caso de la tumba (Cámara, 1998; Cámara y Lizcano, 1996), adscribible a la fase II.

En relación a tal proceso podría ser útil recordar que en algunas zonas como el Alentejo los primeros megalitos claramente parecen también estar asociados a enterramientos individuales por lo que la colectivización posterior no es tanto una expresión de la comunidad real como una imposición de enmascaramiento destinada al control y la clasificación social, aunque la desigualdad entre los linajes, y dentro de ellos, será pronto evidente, como muestran no sólo Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería) (Chapman, 1981) sino también la presencia de determinadas sepulturas en las necrópolis centrales del Pasillo de Tabernas (Almería).

Esta **colectivización** también se podría relacionar con la proliferación de fosos, destinados a la cohesión y también a la defensa (Arribas y Molina, 1984: Pérez y Cámara, en prensa), y, por tanto, no sólo a una oposición exterior delimitadora sino también integradora y conquistadora como muestra la difusión de símbolos, expresión de tributo, y la configuración de un paisaje de puntos dominadores y dominados tal y como leemos en el Bajo Andarax (Molina, 1988) pero como también se propuso para el Alto Guadalquivir (Nocete, 1994).

En relación al papel de tales símbolos hemos destacado el caso del **metal**, cuya adquisición de valor de cambio, en primer lugar como enmascarador del tributo, deriva, por su justificación de la posición y no por un valor intrínseco, en procesos de circulación bastante generalizados no mercantiles que acentúan los procesos de endeudamiento y adscripción cuando la única contrapartida real por el metal es la verdadera riqueza renovable, en forma del trabajo o sus resultados en medios de producción (rebaños o tierra en estos momentos) u otros productos alimentarios y cuando el acceso a él además de simbolizar la propia “libertad” permitía su uso como un “medio para la guerra” con el que teóricamente acceder a beneficios exteriores.

En este sentido la acumulación previa referida al generar puntos de partida diferentes era la base real de la explotación a partir de esa transferencia de valor que sólo tenía sentido en una sociedad clasista en la que las alternativas eran impe-

didadas por la fuerza o por esa misma fuerza se abría la válvula de escape, insuficiente, la **agresión exterior**.

De tal forma la acumulación diferencial de los rebaños puede seguirse en distintos núcleos argáricos como Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén) en relación no a la producción de metal sino del control de su distribución (Contreras *et al.*, 1995) y de una circulación tributaria especialmente evidente en la Vega de Granada en relación al Cerro de la Encina (Monachil, Granada) (Martínez y Afonso, 1998).

Por último en relación a la explotación del trabajo y el progresivo endeudamiento la posición de los enterramientos en los poblados argáricos, las diferencias de ajuar, tipo de tumbas, relación con las casas en que se inscriben y las enfermedades y malformaciones determinadas en los esqueletos nos han permitido plantear que existen verdaderos “**siervos**” en la Edad del Bronce del sur de la península Ibérica, en un contexto en el que el territorio se define ya estrictamente a través de los poblados encastillados, por más que en áreas no argáricas de Andalucía la dispersión de las necrópolis exteriores suponga también una sacralización del territorio por vía aristocrática.

Las tumbas de estos “siervos” se localizan en las casas de aquéllos a quienes estaban vinculados y a los que debían su trabajo y los recursos que les corresponderían en un hipotético, y desaparecido, ideal comunitario quedando su propiedad ahora claramente como una falacia. Así hemos interpretado los hallazgos de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén) y La Cuesta del Negro (Purullena, Granada) (Cámara, 1998).

Podríamos aquí plantear que se ha pasado de una baja tasa de explotación sobre una capa amplia de población en el Calcolítico a una alta tasa de explotación sobre una capa reducida de población en la Edad del Bronce.

Esto en ningún caso supone una reducción de los beneficios de la élite ni tampoco la existencia de una capa media no explotada, cuando además el resto de la población sigue prestando servicios en forma de defensa del estado, lo que además se expresa en la posesión de armas de metal, por más que ello les reporte beneficios relativos. Éste es el caso de la capa de “guerreros” no homogénea que constituye el mayor número de los enterramientos argáricos y cuyos hijos, frente a los de la élite, acceden a un ajuar escaso o, en todo caso diferente, aun cuando la importancia del matrimonio tienda a mantenerles la posición incluso en el caso de desaparición de los padres, en un contexto de **herencia y emulación** propicio a la aceleración de la acumulación desigual y la proliferación de un endeudamiento sin retorno, lo que, al menos en momentos avanzados condujo incluso a perpetuar y justificar la herencia a través de la aparición de niños enterrados con rico ajuar, como demuestra el conocido caso del Cerro de la Encina (Monachil) (Molina, 1983:104).

Este endeudamiento progresivo agudizado por los costes de la amortización de elementos en las sepulturas para mantener la posición social provocaría la crisis del mundo argárico, siendo así un resultado de la lucha de clases, hasta tal punto que cesan completamente las sepulturas y las únicas movilizaciones rituales de recursos se vinculan a la élite (este-

las, depósitos...) que así justifica aún más su posición frente al número cada vez mayor de adscritos (y sus recursos) que exigieron un nuevo sistema urbanístico para su control.

7. TIPOLOGÍA DE LAS FORMACIONES SOCIALES DE LA PREHISTORIA RECIENTE EN EL SUR DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

En relación a la correlación con las periodizaciones tradicionales basadas en análisis descriptivos más o menos incompletos y con las precauciones con que las que hay que tomarla debido al estado actual de la investigación y a la escasa profundización en este trabajo sobre la existencia de relaciones esclavistas y la posibilidad de capitalistas no reducidas a la circulación presuntamente mercantil sino a la extracción del plustrabajo por medio del salario, hemos presentado aquí una adecuación de las sociedades de la Prehistoria reciente en el sur de la península Ibérica a una tipología de formaciones sociales establecida a partir de la base, que creemos suficientemente confirmada, del dominio prácticamente general del modo de producción tributario.

Así creemos que desde las **sociedades comunitarias** neolíticas en las que los rasgos del comunismo primitivo aparecían subordinados por debajo de la explotación de la mujer, de los niños y las primeras agresiones exteriores resultado de la búsqueda de cohesión interior, se pasaría dentro de la Prehistoria reciente, en concreto durante el Calcolítico a las primeras sociedades de clase que hemos denominado de **tipo teocrático** y en las que dominan las relaciones tributarias y aparecían subordinadas todas las otras relaciones sociales desde las comunitarias a las esclavistas y, por último, en algunas sociedades orientales, al menos, las capitalistas muy vinculadas al trabajo estatal y, por tanto, a otras formas de tributo.

En las sociedades que hemos llamado **aristocráticas simples**, y que básicamente corresponden a la denominada Edad del Bronce en el sur de la península Ibérica, se produce un ascenso relativo del esclavismo en relación a la importancia de las relaciones comunitarias que siguen en segundo término respecto a las tributarias que ahora suponen una mayor explotación sobre determinadas personas que quedan muy cerca de los esclavos. Además cabe plantear una disminución de las relaciones capitalistas, si es que se mantienen, como resultado del proceso de descentralización, aun cuando aparezcan elementos en los que el valor de cambio aparece como fundamental, lo que demuestra que la vinculación entre salario y circulación mercantil no es universal aunque sí necesaria para el dominio del modo de producción capitalista cuando la tierra y la fuerza de trabajo se mercantilizan de forma generalizada.

En relación a las **sociedades gentilicias** el rasgo más importante es el ascenso del esclavismo, de nuevo vinculado a una servidumbre estricta y más generalizada, en el marco del desarrollo de la clientela aristocrática. En estos momentos las relaciones comunitarias son realmente mínimas y se

mantienen como ficción cuando la comunidad, como en el fondo sucedía desde las primeras sociedades clasistas, y la propiedad privada de los medios de producción, ha pasado a estar reducida a los nobles, lo que creemos que es rastreable en el Bronce Final del sur peninsular que como hemos repetido (Cámara, 1998) no puede considerarse en ningún caso un fenómeno decadente, explicándose así las profundas revueltas sociales que acompañan la Edad del Hierro en numerosas zonas europeas y que acompañaran las diversas transformaciones que situarán el esclavismo en una posición más o menos dominante pero siempre profundamente amortiguadora.

Finalmente en este sentido, y aunque no nos hemos referido concretamente a ellas en nuestro trabajo, en las formas descentralizadas caracterizadas como **tipo germánico** la esclavitud adquiere un importante papel en la reproducción de la élite, aunque ésta sigue basando su poder en la movilización de guerreros-campesinos tanto para el tributo en especie como para lo que podemos denominar “servicio militar”, aunque el tributo en trabajo desciende al aumentar el esclavismo y la presión por tanto sobre el exterior, lo que, como hemos dicho (Cámara, 1998), creemos que explicaría las diferentes evoluciones de la Edad del Hierro y las primeras etapas históricas en Europa.

JUAN ANTONIO CÁMARA SERRANO
Departamento de Prehistoria y Arqueología
Facultad de Filosofía y Letras
Campus Universitario “Cartuja” s/n
Universidad de Granada
18071 GRANADA

NOTAS

1. Este trabajo es un pequeño resumen de mi Tesis Doctoral que, con el título *Bases teóricas y metodológicas para el estudio del ritual funerario utilizado durante la Prehistoria Reciente en el sur de la Península Ibérica*, gracias a la Beca de Formación del Personal Docente e Investigador (Línea Patrimonio Histórico) de la Consejería de Educación y Ciencia de la Junta de Andalucía y a la dirección de los profesores Fernando Molina González y Francisco Contreras Cortés, fue leída el 11 de Abril de 1997 en la Universidad de Granada.
2. De manera que el proceso histórico sólo puede concebirse como progreso en relación a algunas capas de la población (Fontana, 1982) o a la apertura de nuevas posibilidades de emancipación (Marx y Engels, 1987) aunque desafortunadamente se abren al mismo tiempo también de mejores (peores) medios de control social (Paynter y McGuire, 1991).
3. (...) *el feudalismo se construye sobre el control del principal objeto de trabajo (la tierra), el modo de producción esclavista se basa en la apropiación directa de la fuerza de trabajo, el capitalismo implica la propiedad de los medios de producción, mientras las organizaciones asiáticas se centran en el acceso desigual al factor producto* (Castro et al., 1998:175).

4. Esta similitud entre explotación de las mujeres y de los esclavos no es, sin embargo, apreciada por los autores referidos ya que restringen el concepto *medio de producción* a los instrumentos, a los elementos técnicos (Castro *et al.*, 1998:174), aunque sea cierto que el aumento de la productividad en estos casos no puede producirse por una mejora técnica sino que deriva de un mayor esfuerzo realizado por las mujeres (Castro *et al.*, 1998:175).
5. Para C. Esteva Fabregat la *Ideología informa la conducta relativa del hombre en relación con los demás hombres, y en relación también consigo mismo y con el mundo que le rodea y al que utiliza y transforma para su supervivencia* (Esteva Fabregat, 1984:66) o sea que es una forma de definición, de uno mismo y de los opuestos, por tanto, en ningún caso, se halla más allá de la producción como pretenden determinados autores (Barceló, 1992:260).
6. *La conciencia es, desde el comienzo mismo, un producto social, y lo sigue siendo mientras existan hombres en general* (Marx y Engels, 1845-46, cit. en Puente Ojea, 1989:14).
7. Aunque no debemos olvidar que estamos aquí ante otra falacia, la del mercado libre y la posibilidad de enriquecimiento universal, aunque fuera sólo por los modos de producción subordinados (la herencia de riquezas anteriores, los privilegios de ciertas instituciones como la Iglesia, etc.), la libertad capitalista es una falacia (Vilar, 1982:208-216); pero además creemos que esta característica está en la esencia misma del sistema pues para que la fuerza de trabajo se manifieste como mercancía es necesario por un lado la truculencia del mercado capitalista no libre (no hay verdaderamente otra elección sin subvertir el sistema) y por otro lado que ésta esté dispuesta a su explotación gracias a diversas manipulaciones ideológicas que hacen imposibles las alternativas (Therborn, 1987:88, 97) y por obra de la disolución de la situación anterior que los ha dejado sin nada (Marx, 1984). En este contexto la conciencia de clase dentro de las dominadas está lejos de estar extendida (Anderson, 1980).
8. Lo que también se puede aplicar a la falsa distinción entre la evolución de las ciencias naturales y las históricas tal y como es presentada, a veces, por L.F. Bate (1977:45-46).
9. *It is unhelpful, then, to look at any society as being composed of a powerful group holding a monopoly on both power and knowledge, an a powerless group, helplessly consuming the ideological untruths which are handed to them. The whole of a society represents a network of power and knowledge, at dispersed points of which certain truths, practices and techniques will be created, an may contribute to the formation of the hegemonic authority of particular groups. Within such a network, it is less likely that a whole false consciousness is being created by a particular class, than that a continuous struggle will be going on over the definition of those ideas which are considered to be true, and which knowledges are to be disqualified or discredited* (Thomas, 1990:66).
10. Desafortunadamente para explicar la pervivencia de éstas en la sociedad capitalista señala que *el significado de la vida y el mundo de una persona es una cuestión existencial a la que no se puede responder plenamente haciendo referencia a las relaciones de producción, sino que más bien debe ser planteada por ideologías de tipo inclusivo existencial como la religión y la moralidad secular* (Therborn, 1987:23) como si éstas estuvieran fuera de las relaciones sociales de producción.
11. De esta manera se comprende que Therborn diga que *El materialismo puede ser tanto una ideología de tipo histórico-inclusivo o histórico-posicional, caso, este último, en el que confiere a los sujetos una posición dentro de un sistema internacional* (Therborn, 1987:22).
12. *En la propaganda, el Cosmos se opone al Caos, la fertilidad a la esterilidad, lo divino a lo humano, etc..., como atributos de una nueva ordenación social que se esfuerza en presentarse como un mecanismo integrador, teleológicamente necesario: el Estado* (Nocete, 1988a:131).
13. Se pueden ver así los estudios de Barthes (1988) sobre la utilización de la vida cotidiana para la construcción de los mitos burgueses.
14. Ver también la exposición de Tilley (1982).
15. *La sofisticada, que en sus orígenes es una manifestación del sentido común democrático frente a las formas antiguas del pensamiento, llega a ser, en los albores del siglo IV, una doctrina que justifica todas las tentativas de subversión oligárquica (...) a fuerza de exaltar al hombre se acaba por considerar como única fuente de la regla al individuo y por autorizar de esta forma todos sus excesos* (Chatelet, 1978:308). Este caso ilustra de qué manera los instrumentos ideológicos son reutilizados por los diversos intereses de clase.
16. El hecho de que el ser social preceda a la conciencia ya que *no es la conciencia de los hombres la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia* (Marx, 1989:7), no significa como pretende Puente Ojea (1989:22 y 27) que haya que considerar los engaños conscientes de la clase en el poder una cosa diferente de los sistemas ideológicos que utiliza. ¿Es que los miembros de las clases dominantes no son capaces, en diverso grado, de apreciar las falacias del sistema ideológico? Es especialmente evidente en el caso de las religiones cuando en el pasado el mayor grupo de ateos se situaba en las clases en el poder.
17. *... así como en la vida privada se distingue entre lo que un hombre piensa y dice de sí mismo y lo que realmente es y hace, en las luchas históricas hay que distinguir todavía más entre las frases y las pretensiones de los partidos y su naturaleza real y sus intereses reales, entre lo que se imaginan ser y lo que en realidad son* (Marx, 1985:69).
18. Desde estos puntos de vista no deben rechazarse sin más las periodizaciones tradicionales ya que si se establecieron en base a los cambios en la cultura material realmente éstos responden en mayor o menor medida a los cambios sociales que nos interesa investigar. Es así incuestionable la necesidad de clasificación temporal de determinadas unidades como paso previo a las lecturas históricas en las que participan el resto de las ciencias humanas (González, 1994:7), así como también es fundamental la clasificación en el espacio, en términos descriptivos, por asociación de rasgos, como paso previo a la explicación del desarrollo de las formaciones sociales. En cualquier caso la periodización al deber atender a cambios relevantes (González, 1994:24), tal y como hemos discutido anteriormente (Cámara, 1998), no puede ser independiente de las características formales de los artefactos como mantiene P. González (1994:21) pues estas variedades expresan y son producto de la actividad social.
19. Esta forma de acceder al conocimiento de las relaciones sociales en la Prehistoria reciente a partir de la exhibición del poder en monumentos o elementos de prestigio ha sido destacada por A. Gilman (1997:86), que ha llamado la atención también sobre otras formas de acceder a este conocimiento a través del registro arqueológico, ya sea por las escasas evidencias de parcelaciones prehistóricas, por evidencias sobre consumo diferencial o por la intensificación económica en algún sector (Gilman, 1997:85, 87-88).
20. Por lo que no podemos estar de acuerdo con A. Gilman (1997:88) cuando vincula la acumulación pecuaria siempre a una intensificación agraria coetánea.

BIBLIOGRAFÍA

- AFONSO, J.A. 1993: *Aspectos técnicos de la producción lítica de la Alta Andalucía y el Sureste*, Tesis Doctoral, Univ. Granada.
- AFONSO, J.A., MOLINA, F., CÁMARA, J.A., MORENO, M.,

BASES TEÓRICAS PARA EL ESTUDIO DEL RITUAL FUNERARIO UTILIZADO
DURANTE LA PREHISTORIA RECIENTE EN EL SUR DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

- RAMOS, R., RODRÍGUEZ, M^a.O. 1996: Espacio y tiempo. La secuencia en Los Castillejos de Las Peñas de Los Gitanos (Montefrío, Granada), I *Congrés del Neolític a la Península Ibérica. Formació e implantació de les comunitats agrícoles (Gavà-Bellaterra, 1995). Actes. Vol. 1.* (J. Bosch, M. Molist, Orgs.), *Rubricatum* 1:1, Gavà, pp. 297-304.
- AMIN, S. 1973: *El desarrollo desigual. Ensayo sobre las formaciones sociales del capitalismo periférico*, Planeta, Barcelona.
- ANDERSON, P. 1985: *Teoría, política e historia. Un debate con E.P. Thompson*, S. XXI, Madrid, 1985.
- ARRIBAS, A., MOLINA, F. 1984: Estado actual de la investigación del megalitismo en la Península Ibérica. *Scripta Praehistorica. Homenaje a Francisco Jordá Oblata*, (J. Fortea, Ed.), Salamanca, pp. 63-112.
- ARTEAGA, O. 1992: Tribalización, jerarquización y Estado en el territorio de El Argar, *Spal* 1, pp. 179-208.
- BALIBAR, E. 1988: Acerca de los conceptos fundamentales del materialismo histórico, *Para leer El Capital*, (L. Althusser, E. Balibar), S. XXI, Madrid, 1988 (21ª Edición), pp. 217-335.
- BARCELÓ, J.A. 1992: Una interpretación socioeconómica del Bronce Final en el Sudoeste de la Península Ibérica, *Trabajos de Prehistoria* 49, pp. 259-275.
- BARTHES, R. 1988: *Mitologías*, S. XXI, Madrid, (7ª Edic.).
- BATE, L.F. 1977: *Arqueología y materialismo histórico*, México, Cultura Popular.
- BEAUDRY, M.C., COOK, L.J., MROZOWSKI, S.A. 1991: Artifacts and active voices: material culture as social discourse, *The Archaeology of Inequality*, (R.H. McGuire, R. Paynter, Eds.), Social Archaeology, Oxford, pp. 150-191.
- BLOCH, M. 1981: Tombs and states. *Mortality and Immortality, the anthropology and archeology of death*, (B.C. Humphreys, H. King, Eds.), Academic Press, New York, pp. 137-147.
- BLOCH, M. 1982: Death, women and power. *Death and regeneration of life*. (M. Bloch, J. Parry, Eds.), Cambridge University Press, Cambridge, pp. 211-230.
- BLOCH, M. 1988: Death and the Concept of Person. *On the Meaning of Death. Essays on Mortuary Rituals and Eschatological Beliefs*. (S. Cederoth, C. Carlay, J. Lindström, Eds.), Uppsala Studies in Cultural Anthropology 8, Uppsala, pp. 11-30.
- CÁMARA, J.A. 1998: *Bases teóricas y metodológicas para el estudio del ritual funerario utilizado durante la Prehistoria Reciente en el sur de la Península Ibérica*, Tesis Doctorales Microfilmadas, Universidad de Granada.
- CÁMARA, J.A., LIZCANO, R. 1996: Ritual y sedentarización en el yacimiento del Polideportivo de Martos (Jaén), I *Congrés del Neolític a la Península Ibérica. Formació e implantació de les comunitats agrícoles (Gavà-Bellaterra, 1995). Actes. Vol. 1.* (J. Bosch, M. Molist, Orgs.), *Rubricatum* 1:1, pp. 313-322.
- CÁMARA, J.A., AFONSO, J.A. e. p.: Una propuesta sobre el desarrollo de la desigualdad y las clases sociales en la Prehistoria Reciente de Andalucía, 1^{er} *Congreso Iberoamericano de Arqueología Social (La Rábida, Junio, 1996)*.
- CÁMARA SERRANO, J.A., CONTRERAS, F., PÉREZ, C., LIZCANO, R. 1996: Enterramientos y diferenciación social II. La problemática del Alto Guadalquivir durante la Edad del Bronce, *Trabajos de Prehistoria* 53:1, pp. 91-108.
- CARR, E.H. 1993: *¿Qué es la Historia?*, Ariel, Barcelona.
- CASTRO, P.V., CHAPMAN, R.W., GILI, S., LULL, V., MICÓ, R., RIHUETE, C., RISCH, R., SANAHUJA, M^a.E. 1996: Teoría de las prácticas sociales, *Homenaje al Profesor Manuel Fernández Miranda I* (M^a.A. Querol, T. Chapa, Eds.), *Complutum Extra* 6:1, Madrid, pp. 35-48.
- CASTRO, P.V., GILI, S., LULL, V., MICÓ, R., RIHUETE, C., RISCH, R., SANAHUJA, M^a.E. 1998: Towards a theory of social production and social practice, *Craft specialization: operational sequences and beyond. Papers from EAA Third Annual Meeting at Ravenna 1997. Vol. IV* (S. Milliken, M. Vidale, Eds.), Oxford, pp. 173-177.
- CHAPMAN, R.W. 1981: Los Millares y la cronología relativa de la Edad del Cobre en el Sudeste de España. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 6, Granada, pp. 75-89.
- CHAPMAN, R.W. 1991: *La formación de las sociedades complejas. La Península Ibérica en el marco del Mediterráneo Occidental*, Crítica, Barcelona.
- CHATELET, F. 1978: *El nacimiento de la Historia. La formación del pensamiento historiador en Grecia*, S. XXI, Madrid.
- CONTRERAS CORTÉS, F., CÁMARA, J.A., LIZCANO, R., PÉREZ, C., ROBLEDO, B., TRANCHO, G. 1995: Enterramientos y diferenciación social I. El registro funerario del yacimiento de la Edad del Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén), *Trabajos de Prehistoria* 52:1, Madrid, pp. 87-108.
- ENGELS, F. 1974: Introducción a la Dialéctica de la Naturaleza, *Introducción a la Dialéctica de la Naturaleza/El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre* (F. Engels), Ayuso, Madrid, pp. 21-55.
- ENGELS, F. 1986: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Planeta, Barcelona.
- ESTEVA, C. 1984: El concepto de cultura, *Sobre el concepto de cultura*, (AAVV), Textos de Antropología, Mitre, Barcelona, pp. 61-80.
- FONTANA, J. 1982: *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Ed. Crítica, Barcelona.
- GAILEY, C.W., PATTERSON, T.C. 1987: Power relations and state formation, *Power relations and state formation*, (T.C. Patterson, C.W. Gailey, Eds.), American Association of Anthropology, Washington, pp. 1-26.
- GALÁN, E. 1993: *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del Suroeste de la Península Ibérica*, *Complutum Extra* 3, Universidad Complutense, Madrid.
- GILMAN, A. 1976: Bronze Age dynamics in South-east Spain. *Dialectical Anthropology* 1, pp. 307-319.
- GILMAN, A. 1987: Regadío y conflicto en sociedades acéfalas, *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología* LIII, Valladolid, pp. 59-72.
- GILMAN, A. 1991: Desenvolupament agrícola i evolució social al Sud-Est espanyol. *Cota Zero* 7, Vic, pp. 136-143.
- GILMAN, A. 1997: Como valorar los sistemas de propiedad a partir de los datos arqueológicos, *Trabajos de Prehistoria* 54:2, Madrid, pp. 81-92.
- GODELIER, M. 1989: *Lo ideal y lo material. Pensamiento, economías, sociedades*, Taurus, Barcelona.
- GONZÁLEZ, P. 1994: Cronología del grupo argárico, *Revista d'Arqueologia de Ponent* 4, Lleida, pp. 7-46.
- HOBBSAWN, E. 1984 2.ª: Introducción, *Formaciones económicas precapitalistas*, (K. Marx, E. Hobsbawn), Crítica, Barcelona, pp. 9-79.
- HODDER, I. 1982: *Symbols in action. Etnoarchaeological studies of material culture*, New Studies in Archaeology, Cambridge University Press, Cambridge.

- JACOBSON-WIDDING, A. 1988: Death rituals as inversions of Life Structures. A comparison os Swedish an African Funerals, *On the meaning of Death. Essays on Mortuary practices and eschatological beliefs* (S. Cederroth, C. Corlin, J. Lindström, Eds.), Uppsala Studies in Cultural Anthropology 8, Uppsala, pp. 137-154.
- KIRK, T. 1993: Space, subjectivity, power and hegemony: megaliths and long mounds in Earlier Neolithic Brittany, *Interpretative Archaeology* (C. Tilley, Ed.), Explorations in Anthropology Series, Berg, Exeter, pp. 181-223.
- KRISTIANSEN, K. 1984: Ideology and material culture: an archaeological perspective, *Marxist perspectives in Archaeology*, (M. Spriggs, Ed.), New Directions in Archaeology, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 72-100.
- LENIN, V.I. 1986: *Materialismo y empiriocriticismo*, Planeta, Barcelona.
- LERNER, G. 1986: *La creación del patriarcado*, Crítica, Barcelona.
- LINDSTRÖM, J. 1988: The monopolization of a spirit. Livestocks prestations during an Iramba funeral, *On the meaning of death. Essays on mortuary practices and eschatological beliefs*, (S. Cederroth, C. Coslin, J. Lindström, Eds.), Uppsala Studies in Cultural Anthropology 8, Uppsala, pp. 169-183.
- LIZCANO PRESTEL, R. (1995): *Las comunidades del Neolítico Final en el Alto Guadalquivir*, Tesis Doctoral, Univ. Granada.
- LIZCANO PRESTEL, R., CÁMARA, J.A., RIQUELME, J.A., CAÑABATE, M^a.L., SÁNCHEZ, A., AFONSO, J.A. 1997: El Polideportivo de Martos. Estrategias económicas y símbolos de cohesión en un asentamiento del Neolítico Final del Alto Guadalquivir, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 16-17 (1991-92), Granada, pp. 5-101.
- LULL, V. 1983: *La "Cultura" del Argar. Un modelo para el estudio de las formaciones económico-sociales prehistóricas*, Akal, Madrid.
- MARCUSE, H. 1986: Notas para una nueva definición de la cultura, *Ensayos sobre política y cultura*, Ed. Planeta, Barcelona, pp. 53-89.
- MARTÍNEZ, G. 1985: *Análisis tecnológico y tipológico de las industrias de piedra tallada del Neolítico, la Edad del Cobre y la Edad del Bronce de la Alta Andalucía y del Sudeste*, Tesis Doctoral, Univ. Granada.
- MARTÍNEZ, G., AFONSO, J.A. 1998: Las sociedades prehistóricas: de la Comunidad al Estado, *De Ilurco a Pinos Puente. Poblamiento, economía y sociedad de un pueblo de la Vega de Granada* (R. Peinado, Ed.), Diputación Provincial de Granada, Granada, pp. 21-68.
- MARX, K. 1984 2.^a: Formas que preceden a la producción capitalista, *Formaciones económicas precapitalistas*, (K. Marx, E. Hobsbawn), Crítica, Barcelona, pp. 81-145.
- MARX, K. 1985: *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Sarpe, Madrid.
- MARX, K. 1989: Prólogo a *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, Progreso, Moscú, pp. 5-9.
- MARX, K., ENGELS, F. 1987: *El manifiesto del Partido Comunista*. Eudymion, Madrid.
- McGUIRE, R.H. 1992: *A Marxist Archaeology*, Academic Press, San Diego.
- MEILLASSOUX, C. 1987 8.^a: *Mujeres, graneros y capitales. Economía doméstica y capitalismo*, S. XXI, México.
- MOLINA, F. 1983: La Prehistoria, *Historia de Granada I. De las primeras culturas al Islam*, (F. Molina, J.M. Roldán), Granada, pp. 11-131.
- MOLINA, F. 1988: El Sudeste. [El Calcolítico de la Península Ibérica, (G. Delibes, M. Fernández-Miranda, A. Martín, F. Molina)], *Congreso Internazionale L'Età del Rame in Europa (Viareggio, 15-18 Ottobre, 1987)*, (AA.VV.), *Rassegna di Archeologia* 7, Firenze, pp. 256-262.
- MOLINA, F., CARRASCO, J., TORRE, F. de la 1975: Excavaciones en el yacimiento de "La Cuesta del Negro" (Purullena, Granada). I. La necrópolis, *XIII Congreso Nacional de Arqueología (Huelva 1973)*, Zaragoza, pp. 387-192.
- MOLINA, F., CONTRERAS, F., CÁMARA, J.A. e. p.: Horizontes Culturales versus formaciones sociales en la Prehistoria Reciente del Sureste y la Alta Andalucía, en *II Reunión Internacional sobre los Orígenes de la Civilización en la Europa Mediterránea*, Universidad Internacional de Andalucía, Sede Antonio Machado, Baeza, Diciembre de 1995.
- MORENO, M^a.A. 1993: *El Malagón: un asentamiento de la Edad del Cobre en el Altiplano de Cúllar-Chirivel*. Tesis Doctoral. Univ. Granada.
- NOCETE, F. 1988: *3000-1500 B.C. La formación del Estado en las Campiñas del Alto Guadalquivir. Análisis de un proceso de transición*, Tesis Doctoral, Univ. Granada.
- NOCETE, F. 1989: *El espacio de la coerción. La transición al Estado en las Campiñas del Alto Guadalquivir (España). 3000-1500 A.C.*, British Archaeological Reports. International Series 492, Oxford.
- NOCETE, F. 1994: *La formación del Estado en Las Campiñas del Alto Guadalquivir (3000-1500 a.n.e.)*, Monográfica Arte y Arqueología 23, Univ. de Granada, Granada.
- PAYNTER, R., McGUIRE, R.H. 1991: The Archaeology of Inequality: material culture, domination and resistance, *The Archaeology of Inequality*, (R.H. McGuire, R. Paynter, Eds.), Social Archaeology, Blackwell Ltd., Oxford, pp. 1-27.
- PEARSON, M.P. 1984: Social change, ideology and the archaeological record, *Marxist perspectives in Archaeology*, (M. Spriggs, Ed.), New Directions in Archaeology, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 59-71.
- PÉREZ, C., CÁMARA, J.A. e. p.: Excavación arqueológica en el yacimiento de Marroquíes Bajos (Jaén). Parcela G3, Sector RP4, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1995.
- PUENTE OJEA, G. 1989 4.^a: *Ideología e Historia. La formación del cristianismo como fenómeno ideológico*, S. XXI, Madrid.
- RAMOS, U., AFONSO, J.A., CÁMARA, J.A., MOLINA, F., MORENO, M. 1997: Trabajos de acondicionamiento y estudio científico en el yacimiento de Los Castillejos en Las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada), *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1994:III, Sevilla, pp. 246-252.
- RANDBORGB, K. 1981: Burial succession and early state formation in Denmark, *The archaeology of death*, (R.W. Chapman, I. Kinnes, K. Randsborg, Eds.), New Directions in Archaeology, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 105-121.
- RICHARDS, C. 1993: Monumental Choreography: Architecture and Spatial Representation in Late Neolithic Orkney, *Interpretative Archaeology*, (C. Tilley, Ed.), Explorations in Anthropology Series, Berg, Exeter, pp. 143-178.
- RUIZ-GÁLVEZ, M^a.L. 1993: La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la Protohistoria de la Península Ibérica, *Spal* 1 (1992), Sevilla, pp. 219-251.

BASES TEÓRICAS PARA EL ESTUDIO DEL RITUAL FUNERARIO UTILIZADO
DURANTE LA PREHISTORIA RECIENTE EN EL SUR DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

- SCARDUELLI, P. 1988: *Dioses, espíritus, ancestros. Elementos para la comprensión de los sistemas rituales*, S. XXI, Méjico.
- SCHUBART, H., ARTEAGA, O. 1986: Fundamentos arqueológicos para el estudio socioeconómico y cultural del área de El Argar, *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Consejería de Cultura, Sevilla, pp. 289-307.
- SHENNAN, S. 1982: Ideology, change and the European Bronze Age. *Symbolic and structural archaeology*, (I. Hodder, Ed), New Directions in Archaeology, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 155-161.
- STE. CROIX, G.E.M. 1988: *La lucha de clases en el Mundo Griego Antiguo. De la Edad Arcaica a las conquistas árabes*, Crítica, Barcelona.
- TERRAY, E. 1971: *El marxismo ante las sociedades primitivas*, Ed. Losada, Buenos Aires.
- THERBORN, G. 1987: *La ideología del poder y el poder de la ideología*, S. XXI, Madrid.
- THOMAS, J. 1990: Archaeology and the Notion of Ideology, *Writing the past in the present*, (F. Baker, J. Thomas, Eds.), Lampeter, pp. 63-68.
- THOMAS, J. 1993: The Hermeneutics of Megalithic Space, *Interpretative Archaeology*, (C. Tilley, Ed.), Explorations in Anthropology Series, Berg, Exeter, pp. 73-97.
- TILLEY, C. 1982: Social formation, social structures and social change, *Symbolic and structural archaeology*, (I. Hodder, Ed.), New Directions in Archaeology, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 26-38.
- TILLEY, C. 1990: Constituint una arqueologia social: un projecte modernista, *El canvi cultural a la Prehistòria*, (J. Anfruns, E. Llobet, Eds.), Barcelona, pp. 17-44.
- TILLEY, C. 1993: Art, Architecture, Landscape (Neolithic Sweden), *Landscape. Politics and perspectives*, (B. Bender, Ed.), Explorations in Anthropology Series, Berg, Exeter, pp. 49-84.
- VAQUERO, J. 1989: ¿Dónde diablos se esconden nuestros muertos que no los podemos ver? Reflexiones sobre el emplazamiento de los túmulos del NW, *Gallaecia* 11, Santiago de Compostela, pp. 81-108.
- VICENT, J.M. 1990: El Neolític: transformacions socials i econòmiques, *El canvi cultural a la Prehistòria*, (J. Anfruns, E. Llobet, Eds.), Barcelona, pp. 241-293.
- VILAR, P. 1982 4.ª: *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Crítica, Barcelona.
- WHITTLE, A. 1988: Burial: the changing role of the dead. *Problems in Neolithic Archaeology*. (A. Whittle), Cambridge pp. 142-193.